

Nuestras entrevistas

D. Alfredo Hurtado

Allá dentro, en la habitación que hay al final del pasillo, se oye el rebotar de una pelota de goma contra la pared y sobre el suelo. Luego, tras corto intervalo, el juguete, corredor adelante, ha llegado a nuestros piés. Detrás de él —despeinada la negra melena, sudoroso, jadeante— viene su dueño: Pitúsín, el admirable artista niño, con su cara de pilluelo y sus tres palmos de estatura.

Las manos en los bolsillos del pyjama, se ha quedado mirándonos sorprendido; sorpresa que se acentúa cuando le preguntamos muy ceremoniosos.

—Don Alfredo Hurtado...?

Vacila unos momentos y contesta:

—No, señor: Pitúsín o lo más, lo más, Alfredo.

—Entonces perdone, caballero. Me he debido confundir de piso..

Y echamos a andar. Pero nuestro hombre nos coje de la americana, diciendo:

—Espere... No se vaya tan de prisa: don Alfredo Hurtado... soy yo—. Y, tras corresponder con otra a nuestra reverencia, nos invita:—Haga el favor de tomar asiento.

Lo hacemos frente a él, al lado de su mamá que, sonriente, asiste a la escena. Comenzamos a hablar con el gran Pitúsín de su producción cinematográfica.

—No me hable usted nos dice—de mi primera película. ¡Con lo contento que yo estaba!; pero ..

—¿Qué ocurrió, don Alfredo?

Sonríe ante el tratamiento y guiña a su madre los ojos llenos de vivacidad y de picardía.

—Pues ocurrió —dice después muy serio— que cuando pasaron la prueba de «La buenaventura de Pitúsín»... pues...—Se queda mirando a su mamá, pidiéndola auxilio para salir del atolladero y como aquella se calle, resume—: Nada, que no se estrenó —y tras breve pausa, como para consigo mismo, agrega—: ¡Y no estaba yo mal, no...! Verá usted la propaganda que se hizo.

Se levanta de su butaca y de sobre una mesa trae un lujoso álbum en cuyas hojas, pegadas cuidadosamente, están las gacetillas, los sueltos, los artículos que la prensa entera ha dedicado a la labor estupenda del «Chiquilín español». Y uno de tales escritos—un juicio de «La buenaventura» antes de su estreno—nos explica lo que Alfredito calló. El cual con su nerviosidad extraordinaria, sigue hablando.

—Después hice «La revoltosa», luego «Los granujas», a continuación...